

Comentario al texto de Ezequiel Mosiewicki, **“La política de las emociones como combustible del accionar golpista: desencanto y frustración en un clima modernizador autoritario Argentina 1965-1966”**.

José Rilla – Udelar, Uruguay

El texto de Mosiewicki avanza en una línea de trabajo de gran interés que va ocupando su lugar destacado en el campo de la investigación a medida que se concreta en la práctica. Durante dos décadas, aproximadamente, desde Ute Frevert por lo menos¹, se han acopiado estudios específicos que buscan su objeto con creciente nitidez, atravesando múltiples problemas conceptuales y metodológicos; los resultados decantan en avances concretos llenos de significación historiográfica, capaces de incidir en ámbitos diversos de la historia política, social y cultural. Algunos académicos han llevado las cosas tan lejos como para considerar esta como una “era de afectividad”, mientras otros proclaman un *emotional turn* que atraviesa disciplinas y saberes.

Dado que se trata todavía de un campo novedoso y de realización relativamente reciente, la historia de las emociones (algo más que historia y bastante más que emociones) requiere, cuando da sus pasos, de una explicitación de sus recorridos y aprendizajes, incluso de la búsqueda de un *corpus* de lecturas clásicas con el que sostenerse y al cual contraponerse.

¿Hasta dónde y con quiénes, con qué tradiciones interpretativas remontar esta línea de trabajo? ¿Qué provecho podemos extraer de estos recursos argumentales que con densa genealogía desbrozan el camino? Es posible -pongamos dos extremos- hacerse acompañar por Aristóteles, desde luego, cuya indagación es de alcance antropológico y filosófico (*Retórica*, *Ética*), o en sus actualizaciones contemporáneas como las de Martha Nussbaum, o en los desarrollos modernos de “la teoría de los sentimientos morales” labrada entre D. Hume y sobre todo A. Smith. Tiene todavía un sentido relevante mostrar la compañía de los que han brindado marcos interpretativos para y de las emociones, integrados en un circuito que muestra sus estaciones más amplias en M. Weber, J. Huizinga, N. Elías, para mencionar las más frecuentes. Con todo, he de aclarar que no estoy proponiendo dar al trabajo presentado el porte de una tesis que debe rendirse a los hitos de un estado del arte, ni mucho menos exigirle un soporte erudito indiscriminado; más modestamente, como se desprende de la consulta a la historiografía concreta

¹ El movimiento de inicia antes de los 80. Escribe Ute Frevert en *Writing the History of emotions*, 2023 “I myself became interested in emotions in the 1990s, after reading Günther Anders’s short piece on ‘To love, yesterday’ (Lieben gestern), published in 1986. A philosopher (and Hannah Arendt’s first husband), Anders decided to edit some of his diary entries from the late 1940s, when he had been living in New York before eventually returning to Europe with his second wife, after seventeen years of exile, in 1950.”

y todavía ejemplar y pionera, sugiero que el texto ganaría contundencia si respaldara más su “teoría” en un *locus* reflexivo de más larga duración seguramente conocido por el autor.

La sugerencia tiene un sentido prudencial: los estudios internacionales de historia de las emociones van desplegando su abanico de posibilidades desde una matriz de “sentimientos” pretendidamente básicos (*trust-honour-shame-empathy*), a partir de los cuales se abre un conjunto más vasto que alcanza la política, la economía, la cultura, las “costumbres”, los intercambios globales. En otro extremo analítico, sugerente por cierto, este trabajo de Mosiewicki se aplica al examen de una coyuntura política concreta, de brevísima duración y con desenlace abrupto en un golpe de Estado. La sugerencia supone ampliar las referencias cuanto más acotado y breve es el objeto de estudio.

Así pues, una trama conceptual tan densa como la que se ofrece en el análisis de las emociones y su vínculo con la política, se pone en tensión indudable cuando se propone examinar una coyuntura específica como la que culmina en el golpe de Estado del teniente general Onganía. La “política de las emociones”, un fenómeno que pertenece más a lo político que a lo emocional, incendió el ambiente golpista y autoritario, facilitó acciones y les dio a algunos actores un marco de expresividad retórica. Pero el lapso de aquel golpismo es breve, demasiado como para dar cabida y visibilidad a un despliegue de las emociones en juego, diferente entonces, por ejemplo, al universo que se revela en la “Juventud maravillosa” entre 1958 y 1972. Este comentario no está destinado a sugerir una ampliación cronológica sino a provocar una reflexión teórica acerca del rendimiento del enfoque emocional en coyunturas temporalmente más acotadas. La secuencia de explicaciones vertida en el trabajo es convincente y remite a una conclusión conforme a la cual una alianza de agentes sociales y políticos habría impulsado entonces la “recuperación” de un “malestar” existente, con el propósito de ambientar un cuadro de “desencanto” y “frustración” favorable a la quiebra institucional y la instauración dictatorial. Dicho cuadro de emociones, “clima de época”, es analizado y descrito a partir de la prensa (las revistas, los periodistas, los artículos, las cartas de los lectores) y de algunas cristalizaciones de sentido satírico que maduraron en ella.

El texto presentado podría resultar más rendidor si se aplica de un modo sistemático al esclarecimiento de los conceptos con los que emprende el análisis de las fuentes. Las palabras y las nociones oscilan allí con demasiada amplitud, más allá de sinonimias. “Desencanto” (que tiene aire weberiano) no es lo mismo que “frustración” (con resonancia freudiana), “pérdida de fe”, “desconcierto” e incluso “decepción”. Estas voces deben ser sustraídas del habla coloquial si van a ser empleadas como categorías o como instrumentos. También requieren deslindes (y explicaciones, porque no son autoevidentes) conceptos que aparecen empleados como

equivalentes o intercambiables, o que portan un significado crítico y abierto que demanda mayor precisión cuando sirven como herramientas analíticas. En este caso, pausa y esclarecimiento se imponen ante nociones densas como “estado afectivo”, “emocionalidad civil”, “sentir político”, entre otros. Con respecto a *emotives*, identificación seguramente muy conocida por el autor, es importante detenerse en una explicación más clara y extensa de sus características, dadas las sucesivas alusiones con alcance descriptivo y metodológico.

Finalmente, dos reflexiones más concretas están orientadas a problematizar el enfoque del Mosiewicki:

1. La literatura que conozco, con limitaciones por supuesto, no autoriza en mi opinión a trazar una equivalencia entre el complejo mundo de las emociones y la idea del consenso, no menos compleja. Más allá de anchas zonas de contacto e intercambio, *emociones* y *consenso* radican en familias conceptuales diferentes, o en todo caso, no analizables a partir de una misma caja de herramientas. Es posible que las emociones brinden un fundamental recurso para comprender los mecanismos del consenso, pero es claro que éste, como su equivalente en el trabajo, “sentido común”, está hecho de otras muchas capas y condicionamientos. Las emociones genuinas o inducidas que ambientan y dan forma concreta al golpismo, no alcanzan, como elementos constitutivos e instituyentes, para reconstruir de manera completa cierto sentido común hecho también de intereses, aprendizajes, experiencia y expectativa. En auxilio del lector, en algún lugar del trabajo el autor podría detenerse más en este nudo conceptual: ¿en qué consistía la “frustración”? ¿respecto a qué conjunto de admisiones y sentidos comunes ella se plasmaba?

2. Las fuentes utilizadas en la investigación, muy bien conocidas y trabajadas por el autor, son de una evidente pertinencia a la luz de las transcripciones y del análisis realizado. En lo que refiere a las fuentes periódicas (*Panorama*, *Confirmado*, *Primera Plana*, *Tía Vicenta*), el lector queda ayuno de una explicación más detenida acerca de las razones de tal decisión, de los criterios de inclusión y exclusión de las fuentes, de la elección de *estas* revistas en el conjunto amplísimo de publicaciones argentinas de la época. Puede intuirse el criterio, pero debe ser más explícito. Dicho de un modo exagerado: el autor debe aventar cualquier sospecha del lector en el sentido de haber elegido las fuentes que confirman sus ideas acerca de las cosas.

La prensa es bien aprovechada en la indagación que propone Mosiewicki, pero dicho empleo puede ser cruzado por una evaluación crítica de los límites de la fuente, más severos cuanto más acotada es la coyuntura de análisis.

Referencias de esta lectura

Bartolucci, M. (2017), *La Juventud maravillosa. La peronización y los orígenes de la violencia política 1958- 1972*. Buenos Aires, Eduntref.

Elias, N. [1939], 2000, *The Civilizing Process*.

Evans, Dylan, 2001, *Emoción. La ciencia del sentimiento*. Madrid, Taurus.

Frevert, U – Pahl, K et al (2022), *Feeling Political. Emotions and Institutions since 1789*. Palgrave Mac Millan

Frevert Ute, (2023), *Writing the History of Emotions*. Bloomsbury

Nussbaum, M. (1994), *The Therapy of Desire. Theory and Practice in Hellenistic Ethics*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Nussbaum, M. (2004), *Hiding from Humanity: Disgust, Shame and Law*. Princeton, Princeton University Press.

Smith, A. *La teoría de los sentimientos morales*. [1754]. En <https://www.gutenberg.org/cache/epub/58559/pg58559-images.html>